

felices. El departamento patas para arriba. Hicimos té con limón y nos fuimos a dormir.

A la madrugada me levanté al baño, fumé un cigarrillo en la cocina y volví a acostarme junto a Nati.

Esposa, le dije, abrazándola.

No entraba ni una pizca de luz, y en la secreta oscuridad pensé en Carrizo una vez más. Lo imaginé en un lugar con nieve, acostado en una cama fría y con la tele encendida en un canal que ya dejó de transmitir. Me pregunté si algún día volvería al pueblo. Y me dormí.

Damián F. Lamberta nació en Buenos Aires en 1979. Integró distintos talleres literarios en La Plata, ciudad donde reside. En el 2013 obtuvo una mención especial en el Premio Itaú de Cuento Digital, organizado para Uruguay, Paraguay y Argentina, formando parte de la Antología MATE. En el 2015 fue galardonado con el primer premio en El concurso "Fuera de Foco. El derecho de las y los jóvenes a la ciudad". Publicó el libro de cuentos: "El hombre de lana" (Textos intrusos, 2017). En el 2019 ganó el 16° Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano, organizado por la Universidad Autónoma del Estado de México, con la novela Así se nace (UAEM, 2019; Salto de Página, 2021). Es integrante del Grupo Literario Mulas en la Niebla.

El hermano menor

Rodrigo Díaz Cortez

19

La tarde que regresé del colegio fue también la que nos despedimos para siempre. Estaba pálida y su cara inmóvil expresaba dolor, como si tuviera en ese momento una pesadilla. Sus manos unidas sostenían un rosario. La habitación estaba repleta de flores y recuerdo que encendieron unos cirios que iluminaban su piel. La abuela Carmiña pasaba su mano por mi pelo, agarrándolo fuerte cuando llegaba a las puntas, tironeándolo sin querer. Sus lágrimas empaparon mi cara y cuello. La muerte de mamá no me afectó tanto como las palabras de los vecinos. Decían que la había matado mi hermano menor en el parto y estas palabras calaron hondo en el niño que fui. Por suerte, la abuela Carmiña consiguió una nodriza para que mi hermano Onésimo no se muriera de hambre. La chica que lo amamantó los primeros meses me resultó simpática, por-

que además de su cariño, me daba una tostada con mantequilla y mermelada de fresas que ella preparaba.

Pero todo cambió en la familia. Los sábados y domingos la abuela Carmiña guardaba luto por mamá porque el resto de la semana trabajaba de cara al público y no daba buena impresión ir vestida de negro. Pero ella no quería que su memoria se marchitara. Nos mudamos a una portería en cuyo recibidor, la abuela atendía la administración de lotería. Nuestros eran quince metros cuadrados con ventana hacia la calle. Fueron largas las negociaciones con el alcalde al que la abuela Carmiña conocía desde niño, para que nos concediera aquel lugar en el edificio del Registro Municipal y la explotación del negocio de loterías a cambio de dejarle a ella un ínfimo porcentaje del

beneficio. La abuela instaló nuestras camas en el salón y la ventana tenía vistas a la estatua a don Francisco de Quevedo y Villegas, que presidía la Plaza Mayor. Los fines de semana, que la abuela no se levantaba temprano, aprovechaba antes de que nos despertáramos para contarle a la efigie del escritor todo lo que a ella la atormentaba. Luego aprovechaba cada rato que tenía para hablarle a don Francisco de Quevedo. Y cuando el ayuntamiento movió la estatua y la orientó hacia el lado contrario al que estaba, ella presumía de que el poeta del Siglo de Oro se había girado para hablar con ella de sus cosas.

La abuela vendió las alhajas de la juventud de sus padres para alimentarnos. También vendía cuadros que había pintado el abuelo al que nunca conocí. Recuerdo los tarros de leche en polvo que procuraba tener cada semana. Por suerte, hizo muchas amistades entre los vecinos. Así que tenía confianza para pedir prestado o dejar a deber durante meses. En la trastienda de la frutería de al lado solíamos ducharnos, en la farmacia contigua nos lavábamos los dientes y en el comercio de frutos secos, pared con pared con nuestras camas, teníamos ordenadas nuestras ropas según estaciones.

Odí a mi hermano Onésimo desde siempre. Las voces del funeral de mamá lo señalaron como el causante de su muerte, pero al mismo tiempo se compadecían de él porque no la conocería. Sin embargo, nadie se acordó de mí, que también acababa de quedarme huérfano. Por mucho que la abuela insistiera en que le diera un beso al bebé en la coronilla antes de irme a dormir, siempre me molestaron sus llantos de la madrugada hasta desear que se callara para siempre. A veces recuerdo el cojín del sofá de la salita y la cabeza de mamá sobre él. En ocasiones, imagino que la misma luz mortecina que la alumbraba a ella es la que empapa mi cara mientras recibo una trompada en el protector que salvaguarda mis dien-

tes, el embudo para escupir saliva pegada en los recovecos del paladar, la toalla encima de la cabeza, tomando un trago espeso de aire, mientras Pimiento exigía que cogiera más aire y lo metiera contra las cuerdas, lo más esquinado que pudiera, la mano que estiraba el elástico del calzón y venga a ponerme de pie y a seguir en la contienda. Después del segundo asalto, volvía a sentarme en el taburete, el rostro de Pimiento muy cerca, a ver las cejas, un poco de pomada, no le enseñes la cara de esa forma y asegura un poco más, déjate de estúpideces y calcula, haz que entre por ese sitio y entonces no lo dudes, tienes en la primera fila a Méndez, estoy seguro de que ha venido a verte y puede abrírnos muchas puertas, demuéstrole cómo eres capaz de irte arriba aunque hayas rozado la lona, venga, así, con ganas y lo tienes, empuja tú, las rodillas, las punteras, a otros les habrán dado más fuerte, da lo mismo, aunque lo hagas inconsciente, inconsciente o no, pero siempre de pie, tienes resistencia, muchacho. Pimiento me ayudaba mucho a perfeccionar.

Recuerdo el último día que Onésimo vivió con nosotros. Puede que yo tuviera ocho años o uno menos cuando volví del colegio y una vecina le dijo a mi abuela que ojalá aceptaran a mi hermano en el cortijo. Desde mi inocencia imaginé que era muy pequeño para obligarlo a trabajar. Cuando se lo dije a la abuela, ella me miró con ternura. Allí tienen muchas vacas para que tu hermano tome bastante leche y se haga muy alto, me dijo. Nos visitó una señora para ver al niño que había nacido huérfano de madre y con un padre también muerto por culpa de las heridas de una guerra. Hablaron como si mi hermano, al ser el más pequeño, hubiera sido el más perjudicado. Algo que agradecí porque yo no quería vivir lejos de la abuela Carmiña. Tú te quedas conmigo, me dijo, y pasó su mano por mi pelo, agarrándolo cuando llegaba a las puntas, tironeándolo sin querer. También recuerdo el silencio que dejó la partida de Onésimo, tan distinto al de aho-

ra, que siempre se oyen las voces de las vecinas llamando a sus hijos, el zapateo del portal, la máquina de coser en el piso de arriba.

La abuela Carmiña jamás se puso dramática por la hinchazón de su pierna izquierda. Nunca tuvo una queja por la incompetencia de los médicos. Tampoco parecía importarle demasiado porque se peinaba las canas e intentaba apresurar el tranco, apoyándose en su bastón negro con empuñadura de chapa que representaba la cabeza de un perro, cuando visitábamos a Onésimo. Prefería emplear toda su energía en arreglarse para esa cita, y a mí me colocaba el pantalón y la camisa que tenía reservados para las ocasiones especiales.

Cuando entrábamos al cortijo era como si la abuela Carmiña y yo fuésemos a representar una pequeña obra de teatro. Yo sufría con mi papel de chico educado y aburrido, mientras la madre adoptiva de Onésimo le llenaba las manos de juguetes para distraerlo y que no comiera de las tostadas con mermelada que nos servían a nosotros. La abuela sufría por si el niño tenía hambre, pero enseguida se lo llevaban a jugar con el otro niño que había en la casa, de edad similar a la de Onésimo. La señora decía que a su hijo le había venido muy bien tener un niño con quien distraerse. Me habían quitado un hermano a mí para dárselo a otro niño. Entonces, aunque la señora me ofreciera ir a la habitación repleta de juguetes en la que se entretenían Onésimo y el otro niño, su nuevo hermano, yo entendía cuál era mi sitio y cómo el mundo de los mayores podía golpear, aunque los niños aún no entendiésemos el daño que nos hacían. Uno de los ventanales conducía a un amplio jardín en el que yo aprovechaba para jugar con los perros cuando la abuela me decía que tenían que hablar de cosas de adultos. La infancia de Onésimo fue opuesta a la mía. Sin la piel sucia de barro tras una riña de colegio, sin aventuras en la calle con los amigos, lejos del sol excesivo en la cara, con prohibiciones tan absurdas como levantar

la voz, correr demasiado o hacer preguntas. Yo creo que esto le marcó para su posterior dedicación a la escritura. La abuela Carmiña decía que lo vestían como si fuera un señorito inglés, a juego con el hijo de los señores de la casa, con pantalones cortos con raya, la chaqueta con sus tres botones, cerrada hasta el esternón y la corbata.

Una vez fuera del cortijo, los dos actores se debilitaban y volvíamos a la realidad de la pierna hinchada de la abuela y sus diálogos con don Francisco de Quevedo y Villegas. Yo regresaba a mi primer empleo como recadero y ayudante de la limpieza en la academia de boxeo. Ni siquiera imaginaba subirme al ring. La abuela solía observarme. Memorizaba con lujo de detalles cómo crecía.

Los dieciocho años los cumplí con la cara sobre la lona. Y casi al mismo tiempo unas tijeras me abrían las vendas de las manos sin ruido, una esponja para repasar las cejas, una toalla recién echada sobre los hombros, los billetes enrollados y bien sujetos de goma elástica para pagar los tres meses de retraso que le debía a la mujer que le ayudaba a la abuela en casa, sin pensar cuándo volvería a cubrirme las espaldas con la bata morada y las letras mayúsculas estampadas en oro: Mano de Herrero. Aunque mi mayor satisfacción era que no le faltara de nada a la abuela Carmiña, Pimiento me pedía concentración antes del combate y por eso me mandaba a un hotel. Siempre me reservaba habitación en el último piso para que subiera y bajase escaleras. Tratava de saltar a la comba, pero parecía que las maderas del suelo se troncharían en cualquier momento. Así que me quedaba tumbado, mirando al techo, pensando en nada. Por aquellos meses supe que mi papá no había muerto por culpa de las heridas de la guerra. Se había marchado al norte porque mamá se había quedado embarazada del segundo niño y no le pareció una buena idea. Llegó un día dando pena porque había perdido la inversión que había hecho en un negocio. Después de dar

pocos rodeos, nos pidió dinero para solucionar un imprevisto. Era tal la testaruda firmeza de la abuela Carmiña que el hombre no se sorprendió cuando ella sacó de debajo del colchón una silla plegable para tratar de atizarle como si fuera un matamoscas. Cuando le dijo que Francisco estaba al otro lado de la ventana, el hombre salió de prisa de allí. Sin que lo supiéramos en ese momento, el muy canalla se presentó en el cortijo exigiendo un pago en efectivo por el hijo adoptado. Nadie supo cuánto recibió, imagino que lo suficiente para perderse unos cuantos años más. Yo creo que esto molestó a la madre de Onésimo, porque ya no nos permitían esperarlo en el salón. Nos hacían entrar por una puerta trasera y aguardábamos a Onésimo en una estancia de techo alto, abovedado, cubierto de pasto seco y olor a boñigas de vaca. Recuerdo que Onésimo ya escribía poesías sobre los peces del estanque, sobre la vida y la muerte de las flores. Cuando le pedí un poema para leerlo, él y su hermano se rieron a escondidas, y se burló diciendo que no valía la pena porque yo no entendería nada. Dijo: Y menos si te dedicas a eso que ni siquiera es un deporte. La abuela Carmiña presumía ante todo el vecindario de su nieto poeta, y cuando se asomaba a la ventana, le decía a don Francisco que su nieto seguía sus pasos y que probablemente también a él acabarían haciéndole un monumento.

Un día la abuela se arregló para visitar a Onésimo, pero fue sola porque yo tenía combate por la tarde. Le contaron tantas mentiras para excusar que el chico ya no quisiera verla, que ella que era una mujer sabia, captó la indirecta y decidió no ir más. Por la tarde estaba sentada en primera fila, con sus canas peinadas y el bastón con empuñadura de chapa que representaba la cabeza de un perro, maldiciendo al contrincante de su nieto por cada golpe que me daba.

Avancé mucho en el oficio, golpeando un saco que mandó colgar la abuela Carmiña en mitad de la portería, con el que yo ensayaba las pau-

sas, los movimientos de cintura, mientras ella aplaudía desde la cama. Así creo que pasamos unos años.

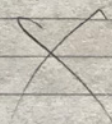
Yo estaba harto de recoger con la fregona de trapo el sudor, los escupitajos y mocos, la sangre en ocasiones, de los chicos que entrenaban en el gimnasio. Uno de los entrenadores me hizo subir una tarde al cuadrilátero para servirle de saco de boxeo con patas al chico al que preparaba. No me permitió negarme. Tampoco protestar cuando me zurraba por todos lados. Lo único que pude hacer fue taparme la cara con los brazos. ¡Pero muévete!, me gritaba el entrenador. Cuando abrí los ojos, Pimiento me estaba curando una brecha en la ceja. Contraí el rostro por el escozor del alcohol en la herida abierta, y sin darme tiempo a recuperarme, me propuso que fuéramos socios. Yo te entreno y en un mes estarás listo para participar en combates. Si lo hacemos bien, podemos forrarnos. Pimiento era tan perdedor como yo, así que, según él, solo podíamos ganar con aquella apuesta.

Un día entramos a un bar después de firmar un contrato para la próxima pelea. Recuerdo que hacía mucho frío. Cerramos la puerta y nos sentamos en una mesa con dos sillas. Unos jóvenes que jugaban al billar se volvieron sorprendidos de nuestra entrada, como si les hubiera incomodado. Un muchacho con camisa negra y zapatillas de cordonerías blancas se acercó a recoger su chaqueta, que había dejado en la mesa vecina a la nuestra. Fue un gesto infantil de desconfianza y alcé la cabeza para observarlo marcharse sin mirar atrás. Se cree el ladrón que todos son de su condición, dijo Pimiento. Y seguro que tendrán padres millonarios. Al fijarme en esos jóvenes, vi a Onésimo en aquel grupo. A pesar de que yo era seis años mayor que él y ya se me habían empezado a desarrollar ciertos rasgos por no salir del ambiente boxeril, lo encontré demacrado, con los ojos hundidos en un rostro amarillento. Lo mejor será que nos marchemos lo antes posible



- cuál way? - ESPERÉ.

... ~~ESTE, PUES ES UN~~ FANFARRÓN, CON UN SOMBRERO HONGO, ~~BIEN PODRÍA~~
~~HAZER SE~~ GOGO O ~~DE~~ DIDI...





~~...~~ bogo, didi, UN SOMBRERO DE HONGO...



... UN ÁRBOL ...

de aquí, Facundo, no sea que nos propongan un negocio. Ni siquiera escuché la cifra que Pimiento me había ingresado en la cuenta tras el último combate porque estaba más atento a lo que ocurría bajo la luz que alumbraba la mesa de billar. Cuando le dije que ya que me controlaba la dieta, me dejara beberme tranquilo mi Coca Cola, me dio la razón y se disculpó. Mañana te veo a las nueve en la academia, me dijo, y se marchó para que yo desconectara del trabajo.

Estudí la expresión dura, casi cruel, de los ojos de Onésimo al seguir la trayectoria de la bola sobre el paño, la ferocidad con que daba el golpe girando la espalda en los reveses, y que en esa partida parecía estar empeñando su prestigio. Bebían vino de etiqueta cara en enormes copas de cristal. Me levanté de la silla y me fui al mostrador para pedir agua con soda queriendo hacerme visible ante los ojos de Onésimo. Por un momento imaginé que no me reconocería por culpa de mis pómulos todavía hinchados. Intenté calcular los años que hacía que no nos habíamos visto y puede que fuesen siete. Tal vez ocho. Onésimo vino al mostrador con el chico de pelo rubio y me sorprendió el desparpajo que demostró al mirar a la camarera cuando retiraba la botella de vino y la reemplazaba por otra. Quise saludarlo cuando lo tuve a mi lado, pero las palabras murieron en mis labios. No sé por qué, mi cara enrojeció. El chico rubio que antes me había caído mal se me quedó mirando, avisó a Onésimo de algo con un codazo en el pecho, y también me miró. Cada vez más de cerca.

—¡Facundo! ¿Eres tú? —Pensaba que me alegraría de que me hubiese reconocido, pero no fue así. Me puse nervioso. Le sonreí a medias, él parecía estar más contento. Demasiado contento.

Intercambiamos preguntas de cortesía cuyas respuestas no estaba seguro de que nos interesarán a ninguno de los dos.

Onésimo era un hombre distinto al que yo seguía recordando. Al tenerlo más cerca, comprobé que estaba más ancho de hombros y de tórax, y sus rasgos denotaban una intensa vida bohemia.

—La abuela Carmiña siempre se acuerda de ti. ¿Todavía escribes poesía?

El chico rubio se marchó, aburrido de nuestra conversación. Yo lo había reconocido. Era el hermano adoptivo de Onésimo.

—Sí. Sigo escribiendo. He ganado algún premio de certámenes de pueblo.

—¿De verdad? La abuela se pondrá muy contenta cuando se lo cuente.

Tengo que confesar que me dio mucha envidia, aunque jamás hubiera leído una sola página de libros de poesía. Barajé no contarle nada a la abuela.

—Si quieres, dale este librito de mi parte. Lo publiqué hace tres meses. Bueno, la publicación la pagaron mis pa...

No terminó la frase. Entonces volvió a aparecer el chico rubio, su hermano, y apoyándose en él, casi abordándolo, se dirigió a mí.

—¿Qué tal, Facundo? ¿Siguen partiéndote la cara?

Traté de no mostrarme molesto, pero lo estaba. Onésimo no le dijo nada, pero no le rio la gracia.

Se produjo un silencio incómodo. Aquel chico, eufórico, lo rompió.

—Ya que estamos en familia, ven allí con nosotros. Verás cómo te diviertes.

Le agradecí, pero me excusé diciendo que me marcharía en breve.

—Pero no seas así. Te juro que vas a querer venir con nosotros todas las noches. Nos buscarás por toda la ciudad. Te lo aseguro.

Volví a rechazar su invitación cortésmente. Entonces intervino Onésimo.

—Déjalo. Ya te ha dicho que no quiere.

—¿Pero él sabe lo que podemos ofrecerle? ¿No vas a invitar a tu hermanito? Vaya que eres egoísta. Si yo hubiera sido así contigo, a saber cómo escribirías tus poemas. ¿Sabes que escribe poemas? —Se dirigió a mí—. Mis viejos se acabarán arruinando al pagarle esos libros. Y lo que necesita para escribir.

—¡Cállate, Fernando! —le gritó Onésimo, fuera de sí.

El chico se apartó riéndose. Parecía que nada podía borrarle la sonrisa. Cuando Onésimo se tranquilizó, le pregunté si quería que me quedara con él. Negó con la cabeza y yo me fui.

Nada más llegar a casa, la asistenta se marchó y la abuela Carmiña, desde su cama escrutó mi rostro para saber si podía explicarme cómo le había ido en el médico, y me di cuenta de que estaba a punto de preguntarme si me pasaba algo, pero se contuvo porque esas preguntas no eran habituales entre nosotros. Preferí guardarme el librito que Onésimo me había dado, para más adelante. En cambio, le pregunté cómo iba la televisión, que había venido el técnico a arreglar hacía un par de días. Dijo: Antes de que llegara la asistenta, tuvimos ladrones en casa, Facundo. Pero qué dices, abuela. Así es. No encuentro mis alhajas. Han desaparecido. Qué va, abuela. Lo que pasa es que las habrás escondido tan bien que no las encuentras. ¡Pero si las he buscado y requetebuscado! ¿Miraste en la nevera? Te estás riendo de mí, Facundo, qué malo eres. Yo me acercaba y ella me acariciaba el pelo, no pudiendo tironearlo porque lo tenía muy corto para competir. Ella

me daba una bofetada sin fuerza. Su miedo a los ladrones era una constante desde que le compré unas alhajas parecidas a las que había vendido para alimentarnos de niños. ¿Te dieron los resultados de los análisis?, le pregunté para cambiar de tema, recostándome en mi cama, justo al lado de la suya. Dicen que tienen que hacerme más pruebas, me respondió sin darle importancia. Estaba claro que debía llevarla a otro centro médico. De pronto, sus ojos anunciaban lágrimas. ¡Todas mis alhajas! En invierno me las quito porque también se me hinchaban los dedos. Yo te ayudaré a buscarlas mejor, abuela. Pero ahora no, que estoy cansado. ¿Viste si la puerta o la ventana habían sido forzadas? No, hijo. Estaban bien cerradas. Siempre echo el cerrojo cuando viene el taxi por la mañana para llevarme al médico. Pues entonces no tienes por qué preocuparte. Estarán aquí. La verdad es que tienes razón.

Al día siguiente decidí darle el libro de poemas de Onésimo para que dejara de pensar en el robo de sus alhajas, omitiendo explicarle el decrepito aspecto físico en que lo había encontrado. Se puso tan contenta, que no me dio tiempo a ponerse celoso. ¡Mira, Francisco! ¡El libro de mi nieto poeta! Cuando le dije que a lo mejor venía a visitarla, no cupo en sí de alegría. Cada día le contaba a la estatua de don Francisco de Quevedo y Villegas que a lo mejor era el día en que su nieto Onésimo la visitaba, y que tenía muchas ganas de que hablaran ellos dos, de poeta a poeta. Yo la miraba compadeciéndome de la alegría de la pobre vieja. Teniendo muy claro que Onésimo no vendría a casa nunca, hasta que una noche apareció. Yo le había pedido a Pimiento que me dejara quedarme en casa con la abuela a pesar de que tenía combate al día siguiente. Entrenaba durante diez horas en el gimnasio cada día y la abuela no me molestaría en el descanso porque solía quedarse dormida mucho antes que yo. Pero me preocupaba su pierna, que cada vez se hinchaba más y que apenas podía arrastrar por el pavimento cuando

trataba de moverse. Sonaron unos golpes en la puerta, unos nudillos temblorosos hicieron titilar el cristal. Ya había entrado la noche y tanto la abuela como yo nos pusimos en alerta. Ella susurró: ¡Los ladrones! ¿Ves como si que nos roban? Yo me levanté, hinchando el pecho para hacerme el valiente, y pregunté con un hilo de voz por la identidad de la persona que llamaba a la puerta. Alcancé a escuchar su nombre. Cuando abrí, Onésimo se desplomó sobre mis brazos. Entre tropezones y evasivas, entre traspies y blasfemias, tanteando las paredes con el aliento del vino, lo llevé hasta la cama. De su boca empalagosa apenas podía comprender que repetía que era un asesino. Una y otra vez el mismo disparate entre balbuceos mientras la abuela Carmiña le preguntaba por qué decía eso. Yo le cogí la cara entre las manos y le exigí que se explicara. Apenas podía mantener los ojos abiertos, encontrar la posición de la lengua para que sus palabras resultaran comprensibles. A nuestra madre, Facundo. Yo maté a nuestra madre. Entonces respiré aliviado. Había llegado a pensar que las malas compañías de Onésimo le hubieran podido llevar a cometer un crimen. La abuela enseguida lo cobijó en su regazo, chistándole una nana y meciéndolo hasta que se quedó dormido. Luego me dijo a mí que me tumbara sobre una colchoneta en el suelo y tratara de descansar. Mañana tienes un combate importante y tienes que ir cargado de energías.

Por la mañana me levanté con todo el cuerpo dolorido. Cuando me marché de casa, seguían dormidos. Onésimo, con el cabello alborotado, abrazado a la abuela Carmiña. Mientras me vendaba las manos, quise contarle a Pimiento la historia de Onésimo. Pero él no dejaba de hablar de la recaudación que lograríamos si derrotaba a Carnera, de que no podíamos dejar escapar aquella oportunidad. Estaba obsesionado con nuestro adversario y yo sacaba los guantes de una bolsa azul. Todo preparado para cuando terminara con los veinte minutos de salto a la comba y las pesas. Pero antes, un

cuenco con avena reposada en leche más un puñado de pasas.

Antes de cada combate, Pimiento leía y estudiaba los movimientos de mis contrincantes, a este déjalo que se canse, con este otro, reserva energía, me pedía. Después del primer asalto venían sus lecturas y sus consejos. Los triunfos significaban que los golpes continuaban resonando en mi cabeza durante días, por muy fáciles que hubieran resultado. Mis oídos seguían oyendo las voces del público, la respiración del rival, la resonancia de la campana. Y la cuenta corriente engrosando para comprarle a la abuela Carmiña la casita de sus sueños.

Me había traído en el bolsillo trasero del pantalón el libro de poemas que me había regalado Onésimo. No tenía más intención que ojearlo por encima, pero conforme pasaba cada página iba conociendo a mi hermano, su dolor, sus zozobras, sus miedos. Y lo entendí, aunque yo nunca me hubiera detenido a pensar en que pudiera sentir tantas cosas, y supe que no había sido el hermano con fortuna.

La abuela Carmiña ingresó en el hospital por urgencias esa misma tarde. Su pierna inflamada y amoratada, y el dolor que había comenzado como una molestia, había aumentado hasta niveles insostenibles. Yo golpearía imaginándola feliz en la casa con jardín, y una estatua en el centro de su amado don Francisco de Quevedo y Villegas. Pero no podía dejar de pensar en Onésimo. Y quería terminar pronto para bajarme del cuadrilátero antes de que el árbitro levantara mi mano para proclamarme ganador y Pimiento me besara y abrazara, para correr a la portería y hablar con Onésimo porque me necesitaba. Oía: Asegura un poco más antes de descubrir la cara, si te parte la ceja y empiezas a sangrar, le vamos a dar tiempo a reponerse. *Los cielos no pasan ni las tierras cambian. Tendría que haber sido yo, y no ella, semilla de niña sobre la tierra huérfana.* Los versos del libro «El delincuente literario» de Onésimo re-

sonaban en mi cabeza. Haz que se trabe con los pies y así aprovechas que se tropieza y le golpeas la cara, hasta que te canses, hasta que no pueda mantenerse en pie. *No puedo reprocharte que me abandonararas cuando fui yo quien la mató.* ¡Toma agua, Facu! Cierra los ojos, voy a echártela por la cara. *Dicen que eras guapa y buena y tu risa no canta mi peina la brisa. Nunca podré perdonarme.* Relaja los hombros. Estira las piernas. Voy a masajéartelas. *Tendría que haber sido yo, y no en ella, quien pereciera aquel día que no recuerdo.* Ya lo tienes. No puede con su alma. Un asalto más y cae redondo. *Si supieras el hijo en que me he convertido, volverías al encaje de flores, a la corona de la cúpula celeste. Y la pena se viste lavándome la cara.* Pimiento me abrazaba y me besaba, después de que el árbitro levantara mi brazo, con tanto ímpetu que casi me lo sacó del sitio.

La infección de la abuela exigió antibiótico en vena. Onésimo se recuperaba de la resaca en la sala de espera. Yo aún llevaba el pelo mojado y la nariz parchada tras el profuso hielo. ¿Has

ganado? Asentí con la cabeza. Me da miedo que se muera, me dijo casi poniéndose a llorar. Y yo lo rodeé con el brazo y Onésimo apoyó su cabeza en mi hombro. Desde la puerta de la habitación oí el murmullo de la enfermera; o tal vez de un aparato porque el codo del pasillo apagaba el sonido. Dije: La abuela Carmiña es una mujer fuerte. Voy a comprar una casa y podremos vivir allí los dos juntos. Yo publicaré todos tus libros. Don Francisco de Quevedo y Villegas estará orgulloso de ti.

Rodrigo Díaz Cortez nació en Santiago de Chile en 1977. Afincado en España desde el año 2001, ha publicado los volúmenes de cuentos *La taberna del vacío* (2000) y *Metales rojos* (2017) y las novelas *El peor de los guerreros* (2011) *El pequeño comandante* (2011), *Música para pistoleros* (2019, Premio de Vicente Blasco Ibáñez de narrativa), *Poeta bajo el mar* (2020, Premio de novela de la Diputación de Córdoba), y *La orquesta imaginaria* (2021).

El Ángel Negro

Rigoberto Martínez Escárcega

Ángel Hernández Triana llevó por primera ocasión a Nicolás Bravo a trabajar en el burdel que su tío Carbajal instaló a las afueras del pueblo. El tío, hijo de una hermana de la abuela materna, era dueño de varias cantinas abiertas en los pueblos y las rancherías enclavadas en la sierra de Chihuahua. El auge de la explotación forestal había dado a los negocios del tío Carbajal un éxito efímero.

El burdel estaba instalado en una casa vieja, construida con adobes de tierra, techos de madera y paredes pintadas con cal. La sala principal hacía las veces de cantina y pista de baile.

En el fondo de la sala se instaló un pequeño templete donde se presentaban los espectáculos nocturnos. Se contaba con diez habitaciones unidas por un pasillo oscuro y lúgubre. Los escusados y los retretes se ubicaban en el patio de la casa, a un lado del corral de cerdos. El éxito del negocio se debía a las doce muchachas que rotaban de burdel cada mes, dispuestas a trabajar a cualquier hora según las exigencias de los clientes. La actividad más lucrativa era la renta de prostitutas para fiestas privadas de narcotraficantes. Los problemas de permisos y licencias de funcionamiento expedidas por parte de autoridades se resolvían